

estas fiestas nacionales en París, por lo que son las nuestras, pues de tal modo se diferencian y en tal grado contrastan la tibieza y expectación ordinarias del pueblo de Madrid con el calor y la iniciativa del pueblo parisién, que toda nuestra curiosidad y todo ese hormigueo callejero que nos acomete en días de nuestras más memorables fiestas (sirvan de ejemplo las de Calderón, sin duda de las más notables que España ha podido celebrar en el siglo que ya toca en su ocaso) no sirven para despojarnos del carácter de un pueblo aburrido, tristón y como castigado por alguna incorregible pesadilla, cuando se nos compara con lo que aquí sucede en la más ordinaria de sus llamadas fiestas nacionales. Confieso que al meditar sobre este contraste se me ha ocurrido al pronto sentir cierta satisfacción, pensando en que nuestros paisanos son más serios; pero después me he arrepentido considerando que, lejos de expresar esa gravedad la majestad de un pueblo superior, parece que acusa el silencio de un pueblo abatido y semicadáver.

III

LA ESCUELA DE MEDICINA Y LA SALPÊTRIÈRE

París, 18 de Julio.

Estando nada más de paso esta vez en París, cuidaré de no enfrascarme en hacer acabados estudios sobre curiosidades, monumentos, costumbres, rasgos locales... de esta ciudad. Sé que nada nuevo diría, y esto es ya motivo poderoso de abstención y silencio. Además, considero que una de nuestras más incorregibles manías es la de preocuparnos demasiado, no ya con lo verdaderamente grande y útil, sino hasta con lo frívolo y perjudicial que aquí sucede, si debido en mucho á nuestro pervertido gusto, debido también á que procura desarrollarle por tal camino esa nube de corresponsales que tienen los periódicos políticos, literarios y noticieros, y cuyos cronistas, tomando de la vida de París, espléndida en todas sus manifestaciones, lo que se

encuentra más al alcance de su inteligencia, de su cultura y de sus gustos, saturan nuestros periódicos con caprichos, fantasías y genialidades de un género ya por demás característico, al que dedican verdaderas filigranas literarias, que es deplorable no consagren á la propaganda de enseñanzas más positivas, ya que ellos, por residir aquí de ordinario, pueden seguir, latido por latido, todas las oscilaciones de este monstruoso organismo urbano, á la manera que sabía hacerlo aquel nuestro nunca bastante llorado Fernández de los Ríos, modelo de cronistas ilustrados y serios.

El corto número de días que he de permanecer aquí me sirve para renovar las impresiones que consigné hace ya años en mi libro *París médico*, donde expuse toda su organización hospitalaria y benéfico-sanitaria, además de otros recuerdos que dediqué á sus monumentos y lugares históricos y de sencilla distracción. Faltaría á un deber profesional si no hubiera ido al punto á visitar su Facultad de Medicina, situada en la breve calle de *l'École de Médecine*, 15, uno de cuyos extremos corresponde al boulevard

Saint-Michel, en el histórico *Barrio Latino*.

Una hermosa y severa columnata dórica formando peristilo precede al patio central, en cuyo fondo, frente á la puerta, se ve modesta estatua de Bichat, y á su derecha, practicada en uno de los muros, la puerta que conduce al anfiteatro destinado á las clases orales.

A la izquierda del peristilo se observa una caja de escalera en cuyo centro hay otra estatua de Bichat, que, como la anterior, singulariza al inmortal fisiólogo por la exagerada desproporción de su cabeza. Por esta escalera se sube á la biblioteca, Museo de Orfila y salas de exámenes.

Detrás de este cuerpo de edificio se está construyendo, y he visto aparece ya muy adelantada, una ampliación para la nueva Escuela práctica, que tiene espléndida fachada al boulevard Saint-Germain, y ha de dotar á la hasta hoy mezquina Facultad, de esas condiciones de desahogo, y hasta de monumental opulencia, de que venía careciendo.

Frente por frente á la columnata de entrada hay también muy adelantada otra cons-

trucción ya más gigantesca, destinada al servicio de clínicas.

La biblioteca encierra más de 50.000 volúmenes, muchos en lenguas muertas y en diferentes lenguas orientales y europeas, casi todas de Medicina, Cirugía y ciencias auxiliares, y algunos de literatura griega, latina y francesa. Además, se conservan aquí valiosos manuscritos de célebres médicos, comentarios autógrafos de los antiguos decanos de la Facultad de Medicina desde 1234 hasta 1786, y los archivos de la Sociedad Real de Medicina, de la Academia y de la Escuela de Cirugía.

Esta biblioteca permanece abierta todos los días, excepto los festivos, desde las once hasta las cuatro, y no admite más lectores que los médicos y alumnos de Medicina. M. Chereau es el bibliotecario actual.

El Museo Orfila se levanta contiguo á la biblioteca, y le constituyen varias salas á semejanza de las del Museo de nuestra Facultad Central de Medicina, con la diferencia de que las dos primeras y principales poseen dos series de armarios yuxtapuestas, una inferior y otra superior, con su corres-

pondiente galería, por el estilo á las del salón grande del Museo Antropológico del Dr. Velasco, en Madrid.

Aquel Museo es notable, sobre todo por sus preparaciones de Anatomía normal, y le enriquecen principalmente las preparaciones hechas en los concursos para las plazas de ayudantes de Anatomía, directores de trabajos anatómicos, etc., etc.

Nadie extrañará si afirmamos que es algo superior á nuestro Museo Anatómico en el número y bondad de las piezas, y que encierra curiosísimos ejemplares, y entre ellos, en la sección de esqueletología, uno que representa el esqueleto de un individuo gigante, natural de Kalmouk, de treinta y tres años de edad, que medía una talla de 2,54 metros (ó sea, en equivalencias antiguas, 7 pies, 9 pulgadas y 7 líneas); es decir, 20 centímetros más que el célebre gigante extremeño del Museo Antropológico del Dr. Velasco, de Madrid.

Este es el Museo de Anatomía normal y comparada, que permanece abierto al estudio todos los días, de once á tres; el de Anatomía patológica, más importante aún, lo

constituye el célebre Museo de Dupuytren, situado á poca distancia de la Escuela, frente también á las clínicas en construcción y ocupando los restos de un antiguo edificio de estilo ojival; le forma un espacioso salón situado á la izquierda de un extenso patio, y tiene á la entrada una estatua del inmortal cirujano Ambrosio Pareo, en actitud pensativa.

En el salón hay un orden de espaciosos armarios cubriendo sus cuatro paredes, y en el centro seis grandes órdenes de armarios, paralelos entre sí y formando calles, cuya excelente colocación permite encerrar muchos armarios en poco terreno.

Aunque la riqueza patológica de este Museo es general y abundante, sin embargo, su especialidad principal, por decirlo así, es la de los huesos; en esta materia es, sin disputa, de un valor sorprendente.

El Museo de Dupuytren permanece abierto los lunes, miércoles y viernes, de once á tres, siendo el conservador el Dr. Honel, que lo es también del de Orfila.

Después de esta visita á la Facultad se me ocurrió dirigirme á cualquier hospital, y

porque conozco la mayoría de los de esta ciudad, que he descrito en mi ya citada obra, me encaminé hacia La Salpêtrière, establecimiento que participa de hospicio, hospital y manicomio, y que por su antigüedad, su importancia benéfica y la de los estudios que vienen realizando en él Charcot y sus discípulos, merece figurar como uno de los más notables, característicos y populares asilos de París, y uno de los que más enseñanzas contienen para el médico.

La Salpêtrière es grande, inmensa, monstruosa.

Toda descripción resulta pálida; sólo algunas cifras podrán ayudar a concebir sus proporciones. Los empleados pasan de 500; los asilados exceden de 5.000: la mayoría son ancianas, las demás neuropáticas (histéricas y epilépticas) y las restantes enajenadas; sólo de carne consume al día más de 1.100 kilos; hay en el interior del establecimiento profusión de talleres, donde se trabaja cuanto se necesita, desde el vehículo de transporte hasta la pieza de costura.

Como decía Maxime du Camp, aun en época en que existían menos pabellones de

los que actualmente tiene, La Salpêtrière es una subprefectura de primera clase; una villa que se extiende sobre 31 hectáreas de terreno, que comprende 45 cuerpos de edificio tan holgadamente distribuidos que los separan plazas y paseos dilatados, y en cuyas construcciones se puede sumar la enorme cifra de unas 5.000 ventanas aproximadamente.

Y sin embargo de tan monstruosa población, este asilo no desagrada á la vista con ese aspecto monumental de las gigantescas masas de construcción, tan perjudiciales tratándose de lugares destinados para vivir, ni se observa acumulación ninguna; hay necesidad de ir sumando pequeños pero numerosísimos grupos de pabellones para obtener el resultado total, con lo cual digo bastante acerca de sus laudables condiciones higiénicas.

Los departamentos ó pabellones de enajenadas, principalmente, son de una amplitud y disposición intachables; hay entre ellos una sección destinada al sistema de pabelloncitos ó construcciones completamente individuales, que no había visto en parte alguna, ni de España, ni del extranjero: son como esas ca-

setas que se observan en los paseos con destino á los guardas; y una de sus principales ventajas, según me explicaba Voisin, es la de que las enfermas pueden sufrir por la noche los ataques de epilepsia sin molestar á las que duermen próximas.

En este pabellón vi dos enfermas sometidas á la refrigeración de la cabeza por medio de gorros hechos con un tubo de goma en espiral, á cuyo través pasa una corriente de agua á la temperatura natural. Este remedio se emplea contra las agitadas.

Vi también una corona para la aplicación de corrientes eléctricas al cráneo, remedio que se aplica contra las anemias cerebrales.

Verdaderamente, por su magnífica disposición y por los procedimientos humanitarios empleados para el tratamiento de la mujer enajenada, La Salpêtrière resulta digno establecimiento de las brillantes figuras médicas á quienes ha estado y sigue encomendada la asistencia; bondad que resulta aún más acreedora al aplauso cuando se advierte que todo se otorga al pobre desvalido en absoluto.

Aquí es donde Charcot y su actual jefe de clínica, Richer, vienen realizando, con una

constancia y acierto envidiables, esas portentosas investigaciones sobre la catalepsia, el sonambulismo, los estados de sugestión..., que arrojan luces tan inesperadas sobre la psicología humana, y hacen observar que el organismo nuestro es una creación todavía mucho más incomprensible y delicada de lo que se pensaba; un infinito caos y hervidero de misteriosas dependencias y resortes, que abisman al sabio, no por la enormidad de las leyes sorprendidas, sino por las que le falta sorprender.

El gabinete de La Salpêtrière donde el afamado especialista de la patología del siglo, la neuropatía, tiene su consulta, es una pieza cuadrada, próximamente de 6 metros por cada lado, pintada de rojo pompeyano y con zócalo y cercos de madera negra. Forman todo su decorado dos armarios embutidos en la pared y llenos de libros de registro, una mesa amplia y nada más que decorosa, donde escriben sus ayudantes las indicaciones y textos correspondientes al servicio ordinario; sobre el tablero de una estufa de mármol hay reproducciones en pasta de lóbulos cerebrales, y en las paredes un lujo de fotografías, gra-

bados y dibujos que las visten casi por completo, y que á cualquiera harían creer, por su asunto, que el Dr. Charcot es algún espíritu entregado con pasión al cristiano culto.

Efectivamente; las fotografías lo son, en casi su totalidad, de cuadros religiosos afamados, ó de trozos de estas pinturas donde los ataques ó estados de éxtasis, catalepsia, epilepsia, histerismo..., han sido fiel y maravillosamente representados por célebres pintores de los siglos en que el pincel buscaba los principales motivos de su inspiración en el sentimiento religioso. El célebre cuadro de Rafael llamado de la *Transfiguración*, que posee el Vaticano; el fresco de Santa Catalina de Sena curando á un demoníaco, pintado por Vanni en la iglesia de San Dominico de Siena; un fresco del Dominiquino, en el que aparece un santo curando á otro poseso; el fresco de Andrés del Sarto que representa á San Felipe de Benizzi curando á una mujer endemoniada; Santa Teresa de Jesús en éxtasis, y otros muchos semejantes, se barajan con reproducciones de pinturas profanas, como el *Bobo de Coria*, de Velázquez; formando todo una colección principalmente de

clínica religiosa, tan original como interesante, y que aun á las mayores intransigencias haría pensar sobre la interpretación que, á muchas crisis histéricas, va dando una sana ciencia positiva, que se descarta en absoluto de toda pasión de escuela y de toda rencorosa controversia, y busca sus fundamentos, no en la candente arena de las luchas filosóficas, sino en el elocuente, clarísimo y majestuoso campo de las enfermerías, donde el hombre siente rasgados sus oídos por el grito del dolor y abisma su vista en lo infinito del sufrimiento.

Entró el Dr. Charcot — hombre de unos cincuenta años, fisonomía completamente afeitada, crecida melena gris, nariz aguileña y larga, color pálido y sus facciones con esa redondez y transparencia que atestiguan de ordinario la bondad — me saludó, saludó á otros jóvenes que allí había, y sacando del bolsillo un paquete de apuntes, comenzó á dictar á uno de sus ayudantes.

Se ocupó de varios enfermos; uno de los jóvenes presentes se levantó, quitó de su cabeza un pañuelo negro, y enseñó en el centro de una zona afeitada las costras de una que-

madura hecha hacía poco tiempo. Charcot nos explicó: que padecía de una epilepsia parcial, que creía él haber descubierto relaciones entre esta enfermedad y una lesión superficial del borde superior del lóbulo izquierdo del cerebro, y que, empíricamente, se le había ocurrido aplicar fuego á la piel del cráneo como tratamiento.

Después pasaron otras enfermas, y entre ellas una anciana, de quien nos dijo ser la primera donde había hecho sus observaciones de hipnotismo, la más antigua enferma de la Salpêtrière. Luego se retiró al laboratorio adjunto. Yo me retiré también, y montando en un vehículo me fuí al Jardín de Aclimatación, en el Bosque de Bolonia, para curiosear aquellos semejantes nuestros que, nacidos en remotos países, *disfrutan el privilegio* de haber abandonado en colonia su querida tierra nativa, y exhibirse á la impertinente contemplación de este pueblo, tipo humano de la última fórmula de la civilización y del progreso, encerrados en unas instalaciones zoológicas, dispuestas entre las instalaciones de otras especies de mamíferos, aves y pescados.

Hay dos colonias de muy distintas procedencias: la de los ceilaneses, oriundos de la hermosa isla de Ceilán, situada en el mar de las Indias, y la de los indios pieles rojas, de historia y procedencia bien conocidas.

Forman la primera colonia trece personas, entre hombres y mujeres, que conquistan la atención y tras de ella la simpatía del pueblo parisién por la expresiva belleza de sus rasgos indios, y por la dulzura de su fisonomía y de sus costumbres... De un color bronceado oscuro, de ojos grandes y dientes blancos, llevan los hombres larga la cabellera, que recogen en forma de rodete sobre el occipucio, y se visten con un traje parecido en ambos sexos, y de tan extraordinaria sencillez, que deja al descubierto la mayor parte de su cuerpo; sin embargo, la crudeza de este clima nuestro con relación al suyo les obliga á extraordinarias vestiduras, que, á la verdad, no impiden tiriten de vez en cuando por los estremecimientos del frío.

Carreras que dan en vehículos sencillos, á los cuales arrastran velozmente unos bueyes pequeños, y paseos sobre siete elefantes, que también han traído, constituyen la

principal ocupación de los hombres; las mujeres, aparte de una que cría un niño de pecho, no hacen á la vista cosa más útil que permanecer sentadas en derredor de un inmenso tambor, de las dimensiones de un velador, y de cuando en cuando golpean con las manos tres ó cuatro variedades de tocatas; en ocasiones escuchan á los hombres, quienes entonan un canto dulce y melodioso que parece ejercer influencia sobre los elefantes, haciéndolos más dóciles.

La otra colonia, menos numerosa y también menos curioseada, la componen cuatro ó cinco hombres y tres mujeres, con una niña de unos oncé años y un niño de pecho; ellos, sobrios de adornos, de una belleza varonil y una corpulencia grasienta, forman contraste con la fealdad y pequeñez de ellas, quienes visten estrepitosamente, adornan su cabeza con inmensas placas de plata que cuelgan á modo de pendientes, y trenzan sus cabellos con una especie de birretes extraños y relleños de largas crines.

Esta gente manifiesta una ociosidad que contrasta con la actividad de los indios; con frecuencia golpea uno su tamboril, y otro,

reclinado muellemente, aplica sus labios á una trompa, larga lo menos de cuatro metros, y toca majestuosamente un aire insoportable; mientras tanto las mujeres, discutiendo á lo largo de la verja, son objeto de las finezas y atenciones de los curiosos.

La verdad es que aquel cuadro, aquella instalación y aquella curiosidad tienen cierto sabor tan crudamente naturalista, que la especie *homo* no resulta muy dignificada.

Invertí la noche en ver cosa menos científica, aunque no menos divertida: el *Eden-Théâtre*; nuevo templo del placer, inaugurado muy recientemente, como que apenas han transcurrido ocho meses desde entonces, y consagrado á lo que aquí más se apetece y más produce, á lo que se lanza como cebo donde clava su pasión y deja sus monedas el forastero, al placer, en una palabra.

Es una especie de teatro *Folies Bergère* prodigiosamente engrandecido; y tan difícil creo pintar la magnificencia, el lujo y la brillantez que ostenta, como estéril describirlo con arreglo á órdenes y estilos severamente académicos, porque de igual modo que las fantasías debidas á la pluma y al lápiz de

Grevin no tienen más reglas que las no escritas del gusto parisién, así en la arquitectura y decorado del salón y *foyer* del *Eden-Théâtre*, es imposible encontrar otras reglas que las de ese mismo gusto, el cual, concediendo todo género de licencias y horizontes á la imaginación, sólo exige que en sus creaciones resalten la opulencia, el sensualismo, la gracia y la novedad.

Por esto, en el salón del teatro, y sirviendo de macizo, se ve, sobre una pilastra dórica, en cuya caprichosa superficie descansa palmada rodela, una cabeza de elefante que es repisa de una Venus india de rojas carnes, la cual, á su vez, sirve de sostén á un arco bizantino... La composición del techo, que está primorosamente manchado, es una rica fantasía sobre motivos musicales, coreográficos y acrobáticos, y descansa sobre unas arcadas de estilo gótico, las cuales se apoyan á su vez en columnas de un gusto que no sé si llamarle persa ó egipcio, pues de todo participa, y, así como el resto del salón, han sido pintadas de colores crudos, principalmente el rojo, y cargadas de un dorado lujosamente chispeante; tono fuerte que sir-

ve para formar gratísimo contraste con el suavísimo del rosa, el verde y azul claro que pintan los abovedados techos y las elegantes cornisas de dos amplias salas que tiene á sus costados el salón del teatro, y de las cuales sólo le separan las columnas dichas.

El todo, que por la descripción resultaría absurdo, y que quizá lo sea arquitectónicamente considerado, aparece mágico, fascinador, ideal, gracias á la profusión de lunas magistralmente dispuestas, las cuales reproducen al infinito los arcos, columnas, pinturas, arañas, formando como un palacio digno de *Las mil y una noches*, por donde discurren libremente centenares de espectadores, y entre ellos, esas singulares y provocativas criaturas que mariposean por París y vienen á ser las verdaderas chispas de fuego de estos templos.

El espectáculo que aquí se da ahora es un baile por el estilo de *Flama, Espíritu del mar...* Se titula *Excelsior* y representa la lucha de la luz, que es el progreso, contra las tinieblas, que simbolizan la ignorancia.

IV

LA MORGUE.—UN PASEO DE CIRCUNVALACIÓN

París, 20 de Julio.

Durante estos días he visitado algunas veces el servicio de La Morgue, aquí muy bien montado y entre nosotros uno de los que más escandalosamente desatendidos están en la capital de España; dicho lo cual, paréceme ensañamiento apuntar cómo andará en provincias, no obstante las repetidas lamentaciones y graves perjuicios que por su reforma claman.

La Morgue goza en París de una sombría popularidad porque es el escenario donde se exhiben los más trágicos despojos del crimen en toda su horripilante desnudez; es la espumadera que recoge cuanto el hervor de las pasiones produce y despide de más dramático, los restos humanos, para presentarlos á la sociedad como un crimen que debe

castigarse y como una incógnita que debe descubrirse; es el epílogo obligado de muchas extraordinarias aventuras, de esos ruidosos accidentes, dramas novelescos, vidas alocadas, ambiciones y crímenes que, si es verdad se observan en todas las poblaciones, porque son siempre las hijas bastardas de la Humanidad que fermenta en los grandes centros, se observan todavía aquí en proporciones gigantescas y formas más extrañas, porque París es la población del Mundo donde más se caldean, más se dilatan y más estallan las infinitas modalidades del vicio.

Los que no conocen de estas exhibiciones nada superior á lo que expone ese indigno y hediondo Depósito judicial de Madrid, que existe en el Cementerio del Sur, apenas visitado de oficio y con visibles muestras de desagrado por algún dependiente de la autoridad, tienen motivos poderosos para mirar con verdadera curiosidad esta Morgue, elevada por su objeto á una maravillosa institución y convertida por sus servicios en uno de los auxiliares más poderosos de la acción de los Tribunales.

Desde 1864 constituye La Morgue una